

Las oportunidades del socialismo en el siglo XXI

Medina, L. F. (2014). *El fénix rojo: las oportunidades del socialismo*. Madrid: La Catarata.

Santiago Plata Díaz*

Como dice la popular canción de *Skalariak*: “Nadie se acuerda del 17, de principios del siglo XX, cuando el vodka despertó en aquella revolución”¹. Realmente son pocos los que hoy en día recuerdan o conocen lo que sucedió en Rusia el siglo pasado. Algunos han olvidado la Revolución bolchevique, otros desconocen qué diferenciaba a estos de los mencheviques y, peor aún, desconocen el significado de *soviets*. Esto no es de extrañar, pues aquellos que conocen la historia de la Segunda Revolución, que cambió la historia de la humanidad —la primera fue la francesa—, son académicos o personas curiosas que se encantan con la majestuosidad de la cultura rusa.



Imagen tomada de [goo.gl/p2WMkg].

Esta ignorancia colectiva va de la mano con una condición fundamental de las sociedades de hoy en día: el olvido. Los pocos conocimientos de la historia, que ha sido remplazada por otro tipo de prioridades, llevan a recordar, como dice algún adagio popular, que “la historia se debe conocer para no repetirla”. El desconocimiento de esta historia en particular llama la atención por dos aspectos puntuales. El primero es que muchas de las construcciones sociales de las que gozamos hoy en día fueron proporcionadas por esa lucha de los socialistas; el segundo está en que hoy en día muchos jóvenes, al menos en Colombia, viven con ferviente pasión nociones del socialismo

* Estudiante de IX semestre de la Facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia. Correo-e: [s.platadi@gmail.com]

¹ Fragmento extraído de *Vodka Revolution*. Canción de grupo de *ska* Skalariak.

y acuden a grupos que simpatizan con aquellas ideas de izquierda, pero esa ferviente pasión no está justificada en el conocimiento histórico ni político y mucho menos cultural. No, esta pasión está motivada por la constante desigualdad que existe en países como Colombia, que como resultado han generado grupos marginados que poco a poco han acumulado fuerzas para renacer como movimientos políticos que plantean una alternativa –muchas veces falsa– de una nueva sociedad, tal y como lo hicieron los bolcheviques el siglo pasado.

Uno de los pecados de ignorar los aportes del socialismo a la sociedad actual no solo radica en creer que es una doctrina fracasada, sino en desconocer que el socialismo hoy en día puede resurgir como un fénix que se encuentra en cenizas, pero que con el menor de los vientos de pánico en el capitalismo puede renacer más rojo que nunca.

Primer round: el socialismo del siglo XIX y siglo XX

Una de las cuestiones fundamentales del socialismo de los siglos pasados radicaba en tres características esenciales. La primera era poder plantear mundos diferentes a todos aquellos que buscaran una alternativa a la sociedad de aquel entonces. La segunda era la capacidad de mostrar, en un fundamento único, un objetivo

multifacético, entendido como que la causa real del socialismo apoyaría al desamparado, independientemente del tipo de desamparo. Por último, el poder de brindar a quien lo viviera una nueva personalidad que llegaba con nuevos anhelos y planes para la vida futura.

Tal vez una de las obras periodístico-literarias que mejor relata esta situación es *El fin del "Homo sovieticus"*, obra de la bielorrusa Svetlana Aleksiéovich. En este libro, Aleksiéovich logra ilustrar, por medio de relatos de personas que vivieron en la antigua URSS, cómo era la realidad de estar bajo las ideas socialistas. Algunos de los relatos muestran cómo el adoctrinamiento estatal era capaz de venderles el socialismo desde que eran niños, comenzando por la idea de plantear un mundo en donde el socialismo había triunfado y donde el comunismo, ya establecido, había generado una sociedad fraterna, una sociedad donde los hermanos soviéticos lograban una convivencia llena de felicidad, igualdad y fraternidad (Aleksiévich, 2015). Más allá de esa fraternidad, también se extendía la aspiración de que en esas sociedades no existirían preocupaciones por estar desamparados, pues el Estado cuidaría de sus hijos como una osa que vela por sus oseznos recién nacidos. Criados bajo estos lineamientos por casi tres generaciones, los ciudadanos de la URSS sentían que el mundo que se les planteaba era un mundo necesario y

por el cual valía la pena luchar, lucha que iba desde la enseñanza a los niños recién ingresados a la escuela hasta la de delatar a su compañera sentimental porque tenía dudas de aquellos objetivos que promovía el socialismo.

El socialismo triunfó en Rusia, pero su popularidad tuvo dimensiones globales, pues la revolución del 17 se convirtió en el punto de origen de movimientos socialistas a lo largo del mundo. No importaba si los movimientos fundados a partir de entonces emulaban al pie de la letra los principios promovidos por la revolución, lo que importaba era que impulsaran un nuevo estilo de vida, que fueran capaces de mover los sentimientos de inconformidad de las masas a su favor.

Esto último tal vez fue lo que identificó a los movimientos socialistas del siglo pasado: su capacidad para mover masas, más específicamente, para identificar las masas con el movimiento obrero y a partir de estas lograr generar intimidación e inestabilidad dentro de los gobiernos de turno. Esta capacidad de las fuerzas proletarias no representaba a un grupo que se identificaba con sus ideas, sino que emulaba a un ejército capaz de salir a protestar y a mostrar su inconformidad una vez fuera necesario. El socialismo se convirtió en un ejercicio de salir a las calles; no se limitó a la generación de teorías y debates intelectuales, sino que se nutrió de estos para exigir

lo que consideraban que les debían, para mostrar que la supresión debía terminar. La URSS era vista por los socialistas del mundo como el paraíso utópico que se les había presentado, era vendido como el modelo político al cual se podía llegar, pero para llegar a este solo era necesaria la revolución.

La popularidad de la URSS tal vez fue su propia condena, pues tras casi 60 años de existencia, los problemas se empezaron a hacer evidentes. Los socialistas rusos comenzaron a darse cuenta de cómo crecía la inconformidad de los pueblos pertenecientes a la Unión; se empezó a hacer evidente cómo el Estado silenciaba a todos aquellos que no obedecieran. Los soviéticos comenzaron a ver en el Estado a un oso depredador que callaba en los *gulags* a aquel que, por mínima sospecha, pudiera atacar el orden vigente.

Esta inconformidad de los ciudadanos soviéticos, según lo narra Aleksievich, ocasionó que la última generación de ciudadanos nacidos dentro del Estado soviético comenzara a buscar el cambio. Esta búsqueda le brindó a esta generación un anhelo por la libertad, que para ese entonces era que se les permitiera usar texanos y comer embutidos de diferentes sabores (Aleksievich, 2015). Este anhelo de libertad, que fue pasando de los texanos y embutidos hasta llegar a poder leer y decir lo que quisieran, fue lo que hizo

que estos jóvenes se aprovecharan de los problemas de la cúpula del Partido Comunista de la Unión Soviética, representado por Mijaíl Gorbachov, con el presidente de Rusia (una de las repúblicas socialistas), Boris Yeltsin, y de esa manera derrocar el régimen soviético (Aleksiévich, 2015). Este derrocamiento fue traumático para las generaciones anteriores, pero necesario para la última, pues logró mandar un mensaje a todos los rincones del planeta: el socialismo había perdido su norte y estaba condenado a morir.

Tras ese mensaje proveniente desde la ya antigua URSS, los movimientos socialistas comenzaron a perder fuerza a lo largo del mundo; algunos continuaron, pero no con la misma fuerza, ni política ni moral, para hacerse con Estados fuertes, como sucedió con la URSS. Esta pérdida de fuerza fue exponencialmente aumentada por el posicionamiento de las ideas capitalistas que desde los Estados Unidos de América pregonaban economistas como Milton Friedman, para quien el mercado era el único garante de libertad efectiva.

El triunfo de esta doctrina posicionó a los partidos de derecha a lo largo del mundo, dejando solo un leve espacio para las ideas de izquierda, que cada vez se hacían menos radicales y comenzaron a hacerse más de centro simplemente porque la derecha se iba haciendo más radical y más legítima.

Así pues, el siglo XX terminó con un socialismo apaleado, con nulas bases proletarias y condenadas a ceder frente a lo radicales que se habían vuelto los movimientos de derecha. Esta condición hizo que muchos pensarán que el capitalismo había ganado por *knock out*.

¿K. O.? ¡No! Segundo round: el del siglo XXI

Lo que para algunos fue un *knock out* para las ideas socialistas, para los socialistas se convirtió en un llamado de alerta para detenerse, replantear su estrategia y acumular de nuevo fuerzas para seguir en la lucha.

Esta búsqueda de nueva estrategia consistió en identificar en qué estaba fallando el capitalismo para así atacarlo desde ese ángulo, tarea que no fue nada difícil para los herederos de la ideología socialista. De primerazo, se encontraron con el creciente inconformismo generado por factores como la recesión económica y la desigualdad de la acumulación. Estos factores sirvieron para que pudieran revivir las discusiones socialistas, así pues, se estarían apoyando en uno de los conceptos fundamentales de los cuales Marx habló a lo largo de *El capital*, el cual era que el capitalismo genera dinámicas propias que terminarán afectando su estabilidad (Marx, 1946). Habían descubierto que, entre más capitalismo, más socialismo se haría necesario.

Así pues, los socialistas se estarían beneficiando de la coyuntura del capitalismo acudiendo al argumento hegeliano según el cual, para entender el momento histórico es necesario comprender la realidad que lo habita, y así mismo lograr entender los hechos y las representaciones que estos conllevan.

Tras hacer uso de este argumento, se hizo evidente que la base obrera ya había dejado de existir, pues el capitalismo había creado nuevas clases que desarrollaron cierto apego por el progreso que trae consigo el capitalismo, lo cual le planteó al movimiento socialista un nuevo reto. Este reto consistió en buscar nuevas bases similares a las obreras, que ayudaran a continuar la lucha, tal y como pasó en los siglos anteriores. Ante este problema surgió la búsqueda de una nueva minoría inconforme dispuesta a buscar el cambio.

La búsqueda no fue complicada, pues se encontraron con los grupos marginados dentro del capitalismo, grupos como minorías sexuales, ambientalistas, desfavorecidos por el mercado. Estos grupos habrán de convertirse en la nueva base que llevará el estandarte de la lucha socialista haciendo uso de la desfavorabilidad con la cual los ha tratado el capitalismo.

Luego de este hallazgo, salió a relucir una de las características más pode-

rosas del capitalismo: su flexibilidad. Esta consiste en que el capitalismo es capaz de integrar a todo aquel que en algún momento fue marginado por el mercado, por medio del mismo mercado. Esto significa que, por incentivos privados, el sistema es capaz de generar nuevos nichos de mercado que hacen que aquellos marginados dejen de serlo y vean en el mercado una forma de potenciar su lucha. Esta lucha ha pasado de ser marginal y se ha convertido en un estilo de vida que el mismo sistema de mercado se ha encargado de recuperar y promover, pues hace de causas como el medio ambiente y la lucha por los derechos de las minorías sexuales un estilo de vida que cualquier individuo puede apoyar siempre y cuando pueda identificarse y consumir de este, pues al consumir este estilo de vida estará apoyando, y de alguna manera reforzando, la lucha de los marginados, ya lo está ayudando a masificarse.

Parecería, entonces, que la flexibilidad del capitalismo es el principal bloqueo para el socialismo, pero, por el contrario, esta se convierte en un arma de doble filo que le permitirá al socialismo mantenerse en la lucha. Esto quiere decir que el resurgimiento del socialismo queda sujeto a los imperativos del mercado, representados en el anhelo de los marginados de buscar una vida digna, un mejor ambiente, acceso a un mundo de trabajo.

Tercer *round*: el de las expectativas

Queda claro que el socialismo no pudo volver a escena sin que el capitalismo lo favorezca. Esto sucede por una sencilla razón: los frutos del capitalismo han demostrado generar un tipo de apego a las instituciones de mercado, con tal fervor que la gente no está dispuesta a deshacerse de ellas, sino que busca que se promuevan tanto con nociones del capitalismo como del socialismo. El ejemplo fundamental que Medina plantea en su texto es el de la renta básica universal (RBU), que se consolida como la noción de máxima índole socialista que puede existir dentro del sistema capitalista. Esto es porque la RBU se construye del principio según el cual los frutos de la sociedad deben ser colectivos para los individuos por el simple hecho de pertenecer a la sociedad. Estos frutos representarán así un mínimo que garantice de cierta manera la libertad efectiva de los individuos, pero esta no garantiza que los frutos de los otros mantengan a otro grupo de la sociedad, sino que serán una ayuda mínima, que promueve que el individuo que la recibe no se quede dependiendo de esta, sino que, por dinámicas dentro de la interacción de la oferta

y la demanda del mercado laboral de la economía, tienda a buscar cómo incrementar su ingreso.

Este planteamiento de la inclusión de la RBU es un debate que se está dando en la gran mayoría de los Estados de bienestar que existen hoy en día, debate que no muere, sigue vigente a pesar de las coyunturas que lo golpean, coyunturas como el voto negativo de los suizos a la implementación de la RBU para todos sus ciudadanos.

A pesar de los golpes que puedan enfrentar las ideas de orden socialista, es evidente que su vigencia es real y que, a pesar de que ya no cuentan con la misma fuerza que antes, sí están en la búsqueda de consolidar unas bases estables para salir de las cenizas.

Referencias bibliográficas

Aleksiéovich, S. (2015). *El fin del "Homo sovieticus"* (Trad. J. Ferrer) (5.ª ed.). Barcelona: Acantilado Quaderns Crema S. A.

Marx, K. ([1867] 1946). *El capital*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Medina Sierra, L. F. (2014). *El fénix rojo: las oportunidades del socialismo*. Madrid: La Catarata.